

## EL VALLE DE LOS RECAÍDOS

Algunos ilusos dicen que el caudillo de la voz atiplada fue un hombre mediocre. ¡Quiá! Nada más lejos de la realidad. Aquel militarillo de alta graduación tuvo miras altas bajo su estatura centimétrica. Su ojo de águila intuyó que la espantada de los “*osolemío*” en Guadalajara en un llano presagiaba la rotura, como así fue, del eje del carro imperial. Los americanos despulgaron la península vecina de fascistas y, huyendo con el rabo entre las piernas, el *Duce* fue colgado por los pies. Acabada la gran - ésta sí - guerra, la monarquía, cómplice del maxilón, se sometió a un referendo y los italianos recobraron -¡mira qué suerte!- una democracia donde la izquierda se sentaba en el parlamento en vez de pudrirse en las cárceles o andar errabunda en el exilio. Además, España no estaba para más trotes bélicos. La división azul - que era de tercera - volvió morada por el frío siberiano, más fuerte que en la estepa castellana. En cuanto al ejército republicano ya estaba cautivo y desarmado, y sin armas no se mete uno en otra guerra, sobre todo si los soldados son desafectos a disparar por cuenta ajena. Puntazo de clarividencia.

Franco -a quien se condesciende en llamarlo por su apellido, pues no todos osan apellidarle hijo puta y, para guardar la doctrina del justo medio, retiran lo de Generalísimo, etc.- mantuvo una muy sagaz y bien sopesada neutralidad. Y la victoria, o la derrota, ganó aquí la paz y allá la gloria. Este hombrecillo insignificante, según la zorra que no llega a las uvas, impuso, rociada de sacrílega agua bendita, una dictadura ferruginosa de tres décadas y media, para ser exactos en el cálculo. Astuto como nadie, entretuvo a los viejos monárquicos con un “vuelva usted mañana”; jugueteó con los falangistas y los tradicionalistas de nuevo cuño; alimentó a obispos de cobarde mitra y estómago agradecido y, casi puesto el pie en el

estribo, distrajo hábilmente a opusdeístas, tímidos aperturistas y tecnócratas. Mientras tanto, hacía tiempo para disponer su último testamento y preparar el catafalco. Los maquis solamente fueron el intermedio, unos mosquitos molestos picando en la rugosa piel del paquidermo.

Convengamos en que el clavario mayor de la santa Cruzada – con el mentis de Maritain o Bernanos, esos católicos descarriados – no era tan tonto y estúpido como los pobres ilusos quieren hacernos creer. Si no fuese así, ¿cómo iba a morir de viejo en cama áulica, entre bendiciones eclesiales, y con unas larguísimas colas para dar el último adiós al héroe, al salvador de la patria y de la reserva espiritual de Occidente? Algo bueno debía tener para asegurarnos del peligro bolchevique con una mayor eficacia que la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Con nosotros, basta.

Lo dicho: el General Franco – seamos escrupulosamente imparciales con su nombre y graduación- fue un hombre sumamente astuto, inteligente y providencial. Una de sus mejores ideas, tal vez acaso la más brillante de todas ellas, fue enterrar juntos – fémures y tibias, tibias y fémures- las osamentas de los “justamente vencidos” y los “injustamente vencedores”, para decirlo al modo del albacea orteguiano. Claro es, cierto, que esos muy buenos propósitos tienen un ligero defectillo no siempre visible para quienes no quieren ver: una reconciliación que tarda treinta y cinco años en llegar tiene un ligero tufillo de cinismo, para no llamarlo desvergüenza. Putas, y además la cama. Viven aún – doy fe- hijos de prisioneros forzados a horadar la benevolencia del dictador. Por supuesto, la cosa no es urgente. Medio siglo más y se habrá arrojado tierra encima a la ignominia. Sin embargo, no echemos toda la culpa al inspirador del valle de los Caídos. Tampoco los actores y las actrices saben retirarse a tiempo del escenario público. Hay quienes los aplauden y les regalan ramos de flores. A pesar de estar bajo un losa de toneladas, la memoria del alzado vuela como un murciélago de nuevo. Quizás no se fue nunca. Tal vez, habiendo dejado todo atado y bien atado, quiere ganar

como el Cid batallas después de muerto. El Valle de los Caídos es la roca de la discordia y los hombres, animales de costumbres fijas, solemos tropezar dos veces en la misma piedra. Solamente que a la segunda hemos aprendido a caer bien sin rompernos un hueso. ¿Transición? Sí, pero que el nicho se lo paguen ellos.

Pablo Galindo Arlés  
18 de septiembre de 2018